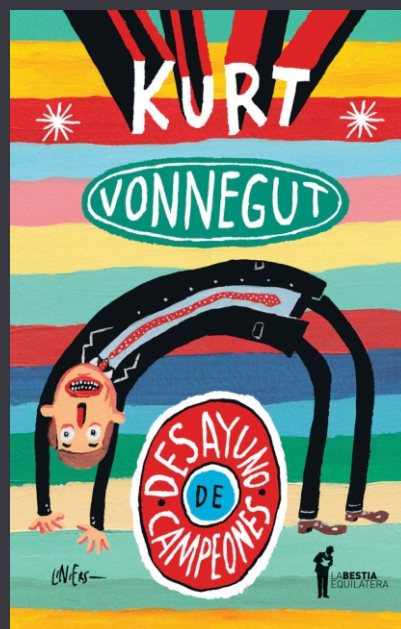


Visita al territorio de Kurt Vonnegut



PRÓLOGO

El Desayuno de los Campeones es el nombre de unos cereales para el desayuno, marca registrada por General Mills, Inc. La utilización de ese mismo nombre como título de este libro no pretende sugerir ninguna relación especial con General Mills ni ningún patrocinio por su parte. Tampoco debe tomarse como un menosprecio a sus selectos productos.

La persona a quien está dedicado este libro, Phoebe Hurty, ya no se cuenta entre los vivos, como suele decirse. Era una viuda que conocí en Indianápolis bien entrada la Gran Depresión. Yo tenía unos dieciséis años y ella alrededor de cuarenta.

Era rica pero no había dejado de trabajar ni un día, así que seguía haciéndolo. Escribía una columna, sensata y divertida, de consejos para enamorados en el *Times* de Indianápolis, un buen periódico ya difunto.

Difunto.

También escribía anuncios para la Compañía William H. Block, unos grandes almacenes que aún siguen marchando muy bien en un edificio que diseñó mi padre. Una vez, con ocasión de unas rebajas de verano, escribió un anuncio para unos sombreros de paja que decía: «A este precio, puede ponerle sombrero a su caballo y hasta a sus rosas».

Phoebe Hurty me contrató para hacer los anuncios de ropa para adolescentes. Yo tenía que usar la ropa que anunciaba. Eso era parte del trabajo. Me hice amigo de sus dos hijos, que eran más o menos de mi edad, y siempre estaba metido en su casa.

Cuando se dirigía a sus hijos o a mí o a las amigas que llevábamos a su casa, soltaba tacos. Era una mujer muy divertida e irradiaba a su alrededor una sensación de libertad. Nos enseñó a hablar abierta y descaradamente no sólo de las cuestiones sexuales sino de la historia estadounidense, de los héroes famosos, de la distribución de la riqueza, de la enseñanza y de cualquier cosa imaginable.

Ahora yo me gano la vida siendo descarado. Aunque intento imitar, torpemente, aquel descaro que en Phoebe Hurty tenía tanta gracia. Creo que a ella le era más fácil que a mí ser graciosa, dado el ánimo general que reinaba en la época de la Gran Depresión. Ella creía en lo mismo que tantos estadounidenses creían por aquel entonces: que, cuando llegase la época de la prosperidad, el país sería feliz, justo y racional.

Nunca más he vuelto a oír esa palabra: *prosperidad*. Era sinónimo de *paraíso*. Y Phoebe Hurty creía que esa forma de hablar sin tapujos, que tanto recomendaba, conformaría el paraíso americano.

Ahora su descaro está de moda. Pero ya nadie cree en el paraíso americano. La verdad es que echo mucho de menos a Phoebe Hurty.

En cuanto a la sospecha que dejo entrever en este libro de que los seres humanos son robots, máquinas, tengo que aclarar que, cuando yo era un niño, las personas que padecían sífilis, hombres en su mayor parte, sufrían, durante la última fase, *locomotor ataxia* y

eran un espectáculo corriente en el centro de Indianápolis y entre las multitudes que se apiñaban en las plazas.

Eran personas que estaban invadidas por unos pequeños sacacorchos carnívoros que sólo podían verse a través del microscopio. Y esos sacacorchos, después de comerse la carne que hay entre las vértebras, dejaban a sus víctimas con los huesos de la columna soldados. Así que los sifilíticos caminaban muy erguidos, mirando fijamente hacia delante, lo que les daba un aspecto muy digno.

En una ocasión vi a uno que estaba en el bordillo de la esquina de la calle Meridian con la calle Washington, bajo un reloj colgante que había diseñado mi padre. Aquella esquina era conocida por todos como «El Cruce de América».

Y aquel sifilítico estaba allí, en el Cruce de América, concentrado, pensando en cómo hacer para que sus piernas bajaran del bordillo y le transportasen al otro lado de la calle Washington. Temblaba ligeramente, como si llevase por dentro un motorcito al ralentí. Su problema era que los sacacorchos le estaban comiendo vivo el cerebro, que es de donde parten las instrucciones para las piernas. Los cables que transportan las instrucciones ya no tenían aislante o estaban totalmente carcomidos. Y los interruptores distribuidos por el circuito se habían quedado atascados.

Aquel hombre parecía viejo, muy viejo, aunque probablemente no tuviese más de treinta años. Estuvo pensando y pensando. Y luego levantó la pierna dos veces seguidas como una corista.

A mí, que era un niño, me pareció que era un movimiento como de robot.

También tengo cierta tendencia a pensar en los seres humanos como si fuesen enormes tubos de ensayo de carne con reacciones químicas borboteándoles por dentro. Siendo niño, también vi a muchas personas que padecían bocio. Eso mismo es lo que le

pasaba a Dwayne Hoover, el vendedor de Pontiacs, protagonista de este libro. Aquellos desdichados terrícolas tenían las glándulas tiroideas tan hinchadas que parecía que les crecían pepinos en el cuello.

Al final resultó que lo único que tenían que hacer para llevar una vida normal era tomar algo menos de la millonésima parte de un gramo de yodo al día.

Mi propia madre se destrozó el cerebro con productos químicos que se suponía que la hacían dormir.

Y yo, cuando estoy deprimido, me tomo una pastillita y me vuelvo a animar.

Y cosas por el estilo.

Así que, cuando creo un personaje para una novela, siento una gran tentación de decir que «es como es» porque tiene un fallo en los cables o porque ese día en particular ha ingerido o ha dejado de ingerir una cantidad microscópica de sustancias químicas.

¿Y qué pienso yo de este libro? Pues me parece horrible, pero siempre me pasa lo mismo con mis libros. Mi amigo Knox Burger dijo en una ocasión que cierta novela pesadísima «parecía escrita por Philboyd Studge». Ése es quien creo que soy cuando escribo lo que parece que estoy programado para escribir.

Este libro es el regalo que me hago a mí mismo por mi cincuenta cumpleaños. Me siento como si estuviera coronando un tejado a dos aguas, después de haber subido por uno de los lados.

A los cincuenta años estoy programado para comportarme como un niño: reírme del himno nacional de mi país, garabatear con un rotulador banderas nazis, culos y muchas otras cosas. Para que se

vayan haciendo una idea de la edad mental de las ilustraciones de este libro, he aquí un dibujo del agujero del culo:



Creo que estoy intentando librarme de toda esa basura que tengo en el cerebro: culos, banderas y bragas. Sí, sí, en este libro he hecho un dibujo de unas bragas, y también me estoy desprendiendo de los personajes de otros libros míos. Ya no voy a organizar ningún espectáculo de títeres más.

Creo que estoy intentando tener la cabeza tan vacía como la tenía cuando vine a este mundo hace cincuenta años.

Sospecho que esto es algo que la mayoría de los estadounidenses blancos —y los no blancos que imitan a los estadounidenses blancos— deberían hacer. De cualquier modo, todas esas cosas que los demás *me* han metido en la cabeza no casan bien unas con otras. Normalmente, no sirven para nada, son feas, no guardan proporción entre sí, ni en mi interior ni en la vida real.

Dentro de mi cerebro no hay ninguna cultura ni ninguna armonía y ya no sé vivir sin cultura.

Así que este libro es un sendero plagado de basura, de esa porquería que voy tirando mientras retrocedo en el tiempo hacia el 11 de noviembre de 1922.

En mi viaje marcha atrás me detendré en una época en la que el 11 de noviembre, que casualmente es mi cumpleaños, era una fecha sagrada llamada Día del Armisticio. Cuando yo era niño, y Dwayne Hoover era niño, toda la gente de todos los países que habían luchado en la Primera Guerra Mundial guardaba silencio

durante el minuto undécimo, de la hora undécima del Día del Armisticio, que se celebraba el día undécimo del undécimo mes del año.

Fue durante ese minuto de 1918 cuando millones y millones de seres humanos dejaron de masacrarse unos a otros. He hablado con ancianos que estuvieron en los campos de batalla durante aquel minuto. Y me han dicho, cada cual expresándolo a su modo, que aquel silencio repentino fue la Voz de Dios. Así que todavía hay entre nosotros algunos hombres que recuerdan el momento en que Dios habló a la humanidad absolutamente a las claras.

El Día del Armisticio se ha convertido en el Día de los Veteranos de Guerra. El Día del Armisticio era sagrado. El de los Veteranos de Guerra no lo es.

Así que voy a tirar el Día de los Veteranos de Guerra, pero me voy a quedar con el Día del Armisticio. No quiero deshacerme de ninguna cosa sagrada.

¿Y qué más es sagrado? Pues *Romeo y Julieta*, por ejemplo.

Y toda la música.

PHILBOYD STUDGE

1

Ésta es la historia del encuentro entre dos hombres blancos delgaduchos, solitarios y bastante viejos en un planeta que estaba agonizando.

Uno de ellos era un escritor de ciencia ficción que se llamaba Kilgore Trout. En aquel momento era un don nadie y suponía que su vida ya se había acabado. Se consideraba un fracasado. Pero, gracias a ese encuentro, se convirtió en uno de los seres humanos más queridos y respetados de la historia.

El hombre con el que se encontró era un vendedor de coches, de Pontiacs, y se llamaba Dwayne Hoover. Dwayne Hoover estaba a punto de volverse loco.

Presten atención:

Trout y Hoover eran ciudadanos de los Estados Unidos de América, país al que se llamaba simplemente *América* para abreviar.

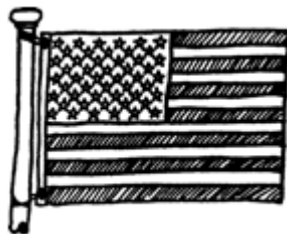
Su himno nacional, que era una absoluta memez, igual que muchas otras cosas que se supone que deberían tomarse en serio, decía así:

Oh, dime, ¿ves a la luz de la aurora
la que con tanto orgullo saludamos
en la última luz crepuscular,
cuyas anchas barras y brillantes estrellas
ondeaban con tal valor

en medio de la peligrosa lucha
y sobre las murallas que vigilábamos?
El rojo resplandor de los cohetes y las bombas
que estallaban en el aire
demostraban durante la noche que nuestra
bandera continuaba allí.
Oh, dime, ¿siguen nuestras barras y estrellas
ondeando aún
sobre la tierra de los libres y el hogar
de los valientes?

Había miles de millones de naciones en el universo, pero aquella a la que pertenecían Dwayne Hoover y Kilgore Trout era la única con un himno nacional que era una sandez salpicada de signos de interrogación.

Éste era el aspecto de la bandera:



En esa nación había una ley sobre la bandera, que no existía en ninguna otra nación del planeta, y que decía: «La bandera no se inclinará ante ninguna persona ni ninguna cosa».

Inclinar la bandera es un tipo de saludo en señal de respeto y cortesía que consiste en bajar la bandera a lo largo del mástil y luego volverla a subir.

El lema de la nación de Dwayne Hoover y Kilgore Trout era el siguiente: «*E pluribus unum*», cosa que, en un idioma que ya nadie hablaba, quería decir: «Entre muchas, una».

La bandera que no se inclinaba jamás era preciosa y lo del himno y el lema vacuo no tendrían tanta importancia si no fuera por lo siguiente: había tantos ciudadanos a los que se ignoraba, estafaba e insultaba, que eso les hacía pensar que debían de haberse equivocado de país e incluso de planeta, que allí debía de haber un terrible error. Les hubiera consolado un poco el hecho de que su himno y su lema hablasen de la justicia o la fraternidad o la esperanza o la felicidad. Eso les habría hecho sentirse acogidos en el seno de la sociedad y de las propiedades inmobiliarias de ésta.

Si se ponían a analizar su papel moneda en busca de alguna clave que les desvelara lo que significaba su país, entre un montón de basura estrafalaria, se encontraban con un dibujo de una pirámide truncada con un ojo radiante encima, como ésta:



Ni siquiera el presidente de los Estados Unidos sabía a qué venía todo aquello. Era como si el país les dijera a sus ciudadanos: «En el absurdo radica la fuerza».

Una gran parte de aquel absurdo era el inocente resultado de la ridiculez de los padres fundadores de la nación de Dwayne Hoover y Kilgore Trout. Los fundadores fueron aristócratas que deseaban alardear de una inútil formación académica que consistía en haber estudiado unos galimatías de épocas remotas. Y, además, eran malos poetas.

Pero otra parte del absurdo era malintencionada ya que ocultaba grandes delitos. Por ejemplo, en los Estados Unidos los maestros

escribían una y otra vez en las pizarras esta fecha y hacían que los niños la aprendieran de memoria con orgullo y alegría:

1492

Los maestros les decían a los niños que ésa era la fecha en que su continente había sido descubierto por el hombre. En realidad, en ese continente, en el año 1492 ya había millones de seres humanos que llevaban una vida plena e inteligente. Ese año fue, simplemente, el año en que los piratas que llegaron por mar empezaron a engañarles, a robarles y a matarles.

He aquí otro ejemplo de ese absurdo malintencionado que se les enseñaba a los niños: que, en un momento dado, los piratas que llegaron por mar crearon un gobierno que se había convertido en un modelo de libertad para todos los hombres del mundo. Se les enseñaba a los niños dibujos y estatuas de ese supuesto modelo imaginario. Era una especie de cucurucho de helado que lanzaba fuego y tenía este aspecto:



De hecho, los piratas que llegaron por mar y que eran los principales responsables de la creación del nuevo gobierno tenían a otros seres humanos como esclavos. Utilizaban a seres humanos como maquinaria e, incluso después de haberse abolido la esclavitud, porque resultaba un asunto muy embarazoso, tanto ellos

como sus descendientes continuaron considerando simples máquinas a los hombres comunes y corrientes.

Los piratas que llegaron por mar eran blancos. La gente que ya poblaba el continente cuando llegaron los piratas tenía un color cobrizo. Y cuando se introdujo la esclavitud en el continente, los esclavos eran negros.

O sea que el color lo era todo.

He aquí cómo lograron los piratas hacerse con todo lo que querían quitándoselo a los demás: tenían los mejores barcos del mundo y eran más malos que nadie y tenían pólvora, que es una mezcla de nitrato potásico, carbón y sulfuro. Prendían fuego a ese polvo, aparentemente inofensivo, y súbitamente se convertía en gas. Ese gas lanzaba unos proyectiles a través de unos tubos de metal a una velocidad tremenda. Los proyectiles perforaban tanto la carne como los huesos con facilidad, de modo que los piratas podían destrozarse los cables internos o los fuelles o las tuberías de cualquier ser humano tozudo, aunque estuviese lejos, muy lejos.

Sin embargo, el arma principal de los piratas que llegaron por mar era su capacidad de sorprender. Nadie pudo creer, hasta que fue demasiado tarde, lo desalmados y rapaces que eran.

Cuando Dwayne Hoover y Kilgore Trout se encontraron, su país era con mucho el más rico y poderoso de todo el planeta. Poseía la mayor parte de los alimentos y de los minerales y de las máquinas, y controlaba a otros países amenazándoles con lanzarles misiles enormes o tirarles cosas desde aviones.

La mayoría de los demás países no tenían nada de nada. Muchos ni siquiera eran ya habitables. Tenían demasiada gente y no

había suficiente espacio. Habían vendido todo lo que tenía algún valor y ya no quedaba nada que comer, pero la gente seguía follando sin parar.

F follando es como se hacen los niños.

En ese planeta destrozado había un montón de gente que era *comunista*. Sostenían la teoría de que había que compartir todo aquello que aún quedaba en el mundo entre toda la gente que había y que, para empezar, no había pedido venir a este planeta destrozado. Mientras tanto seguían llegando al mundo niños y niños sin parar, pataleando y chillando y pidiendo leche a gritos.

En algunos lugares, mientras la gente intentaba alimentarse con barro y chupando piedras, a pocos pasos seguían naciendo niños.

Y cosas por el estilo.

El país de Dwayne Hoover y Kilgore Trout, un país en el que había de todo, se oponía al comunismo. No creía que los terrícolas que tenían un montón de cosas debieran repartirlas con otros, a no ser que les apeteciera de verdad, y a la mayoría no les apetecía.

Así que no tenían que hacerlo.

En América se suponía que cualquiera podía coger lo que quisiera y quedarse con ello. A algunos americanos se les daba muy bien eso de coger cosas y quedarse con ellas. Eran fabulosamente ricos. Otros no llegaban a tener nada de nada.

Cuando Dwayne Hoover conoció a Kilgore Trout era fabulosamente rico. Exactamente esas palabras, «fabulosamente rico», fueron las que susurró un hombre a un amigo suyo una mañana en que pasaron junto a Dwayne.

Y he aquí lo que Kilgore Trout poseía en aquel planeta durante aquella época: nada de nada.

Kilgore Trout y Dwayne Hoover se conocieron en Midland City, que era la ciudad natal de Dwayne, durante un festival de arte que se celebró allí en otoño de 1972.

Como ya se ha dicho, Dwayne era un vendedor de Pontiacs a punto de volverse loco.

La incipiente locura de Dwayne era, por supuesto y sobre todo, un problema de sustancias químicas. El cuerpo de Dwayne Hoover estaba fabricando algunas sustancias químicas que desequilibraban su mente. Pero Dwayne, como todos los lunáticos novatos, también necesitaba algunas ideas nocivas para poder dar forma y sentido a su locura.

Las sustancias químicas nocivas y las ideas nocivas conformaban el Yin y el Yang de la locura. Yin y Yang son los símbolos chinos de la armonía. Tienen este aspecto:



A Dwayne las ideas nocivas se las proporcionó Kilgore Trout. Trout se consideraba no sólo inofensivo, sino también invisible. El mundo le había prestado tan poca atención que él se consideraba muerto.

Deseaba estar muerto.

Pero, tras su encuentro con Dwayne, comprendió que estaba lo suficientemente vivo como para proporcionarle a otro ser humano las ideas necesarias para convertirlo en un monstruo.

He aquí la esencia de las ideas nocivas que Trout proporcionó a Dwayne: Todas las personas que hay en la Tierra son robots, a excepción de uno, Dwayne Hoover.

De todas las criaturas del universo, Dwayne era el único que pensaba y sentía y se preocupaba y planificaba, y eso. Nadie más comprendía lo que era el dolor. Nadie más podía elegir. Todos los demás eran máquinas automáticas, cuyo propósito era estimular a Dwayne. Dwayne era un nuevo tipo de criatura que el Creador del Universo estaba probando.

Sólo Dwayne Hoover tenía libre albedrío.

Trout no esperaba que nadie le creyese. Introdujo esas ideas nocivas en una novela de ciencia ficción y allí fue donde las encontró Dwayne. El libro no iba dirigido únicamente a Dwayne. Trout jamás había oído hablar de él cuando lo escribió. Iba dirigido a cualquiera que lo abriese por casualidad. De hecho decía, dirigido a nadie en particular: «Eh, ¿sabes una cosa? Eres la única criatura del mundo con libre albedrío. ¿Cómo te sientes al saberlo?». Y cosas por el estilo.

Era un *tour de forcé*. Era un *jeu d'esprit*.

Pero para Dwayne fue como un veneno mental.

A Trout le impresionó el hecho de que él/ pudiese causar daño en el mundo con sus ideas nocivas. Y, después de que Dwayne fuese encerrado en un manicomio con una camisa de fuerza, Trout se convirtió en un fanático defensor de la importancia de las ideas como causa y cura de las enfermedades.

Pero nadie le prestaba atención. Era un viejo indecente en medio del desierto, gritando entre árboles y arbustos: «¡Las ideas, o la falta de ideas, pueden causar enfermedades!».

Kilgore Trout se convirtió en un pionero en el campo de la salud mental. Presentaba sus teorías como si fueran ciencia ficción. Murió

en 1981, casi veinte años después de haber sido la causa de la terrible enfermedad de Dwayne Hoover.

Para entonces ya se le reconocía como un gran artista y científico. La Academia Americana de Artes y Ciencias erigió un monumento sobre sus cenizas. En la parte frontal se grabó una cita de su última novela, que era la número doscientos nueve y que dejó inconclusa a su muerte. El monumento tenía este aspecto:



2

Dwayne era viudo. Pasaba las noches solo en una casa de ensueño en Fairchild Heights, que era el barrio residencial con mayores atractivos de la ciudad. Allí todas las casas costaban por lo menos cien mil dólares. Allí todas las casas tenían por lo menos cuatro acres de terreno.

La única compañía de Dwayne por las noches era un perro labrador llamado Sparky. Sparky no podía mover la cola porque había sufrido un accidente de coche hacía muchos años, así que no tenía manera de decirles a los demás perros lo simpático que era y tenía que pasarse todo el tiempo peleándose con ellos. Tenía las orejas destrozadas y estaba lleno de cicatrices.

Dwayne tenía una criada negra que se llamaba Lottie Davis. Ella le limpiaba la casa todos los días, luego le preparaba la cena y se la servía y, después, se iba a su apartamento. Era descendiente de esclavos.

Lottie Davis y Dwayne no hablaban mucho entre sí, aunque se caían muy bien. Dwayne reservaba la mayor parte de sus charlas para el perro. Se tumbaba en el suelo y se ponía a revolcarse con él y le decía cosas como «Tú y yo, Spark» y «¿Cómo le va a mi viejo camarada?».

Esa rutina continuó sin variaciones incluso después de que Dwayne comenzase a volverse loco, por lo que Lottie no advirtió nada raro.

Kilgore Trout era dueño de un periquito que se llamaba Bill. Al igual que Dwayne Hoover, Trout pasaba las noches solo. Su única compañía era su mascota. Trout también hablaba con él.

Pero, mientras que Dwayne susurraba palabras de cariño a su labrador, Trout refunfuñaba y le hablaba con sorna a su periquito sobre el fin del mundo.

«En cualquier momento», le decía, o «Y ya va siendo hora».

Trout tenía la teoría de que el aire pronto se tornaría irrespirable.

Suponía que cuando el aire estuviera envenenado, Bill se desplomaría unos minutos antes que él, y le gastaba bromas con aquello. Le decía: «¿Cómo va tu vieja respiración, Bill?» o «Parece que tu viejo enfisema te ha dado un aviso, Bill» o «Nunca hemos hablado de qué tipo de funeral quieres, Bill. Ni siquiera me has dicho cuál es tu religión». Y cosas por el estilo.

Trout le decía a Bill que la humanidad merecía morir de una manera horrible por haberse comportado de modo tan cruel y despilfarrador en un planeta maravilloso. «Somos todos unos Heliogábalos, Bill», le decía. Heliogábalo era el nombre de un emperador romano que había mandado a un escultor que hiciera un toro de hierro de tamaño natural, todo hueco y con una puerta que podía atrancarse desde fuera. El toro tenía la boca abierta. Era la única abertura al exterior.

Heliogábalo daba hermosas fiestas con muchos invitados y mucha comida y vino y mujeres hermosas y atractivos muchachos. Metía a un ser humano dentro del toro y atrancaba la puerta. Cualquier sonido que emitiera el ser humano salía por la boca del toro. Y Heliogábalo mandaba a un criado que encendiera un fuego prendiendo unos troncos. Los troncos estaban colocados debajo del toro.

Trout hacía otra cosa que algunas personas podrían considerar una excentricidad: llamaba *desagües* a los espejos. Le divertía simular que los espejos eran agujeros entre dos universos.

Si veía a algún niño cerca de un espejo, movía un dedo en señal de advertencia, y le decía con gran solemnidad: «No te acerques demasiado a ese desagüe. No querrás acabar en el otro universo, ¿verdad?».

En alguna ocasión cuando alguien decía en su presencia: «Perdón, tengo que ir a desaguar», que es una forma de decir que quien habla se propone vaciar los residuos líquidos de su cuerpo a través de una válvula que se halla en la parte inferior del abdomen, Trout respondía en tono de chanza: «Pues eso, en el sitio del que yo vengo, quiere decir que estás a punto de coger un espejo».

Y cosas por el estilo.

Para cuando Trout murió, por supuesto, todo el mundo llamaba *desagües* a los espejos. En eso se ve el respeto que generaban hasta sus chistes.

En 1972 Trout vivía en un apartamento en el semisótano de un edificio en Cohoes, Nueva York. Se ganaba la vida como instalador de ventanas y protectores de aluminio. No tenía nada que ver con la fase final del negocio, porque era un tipo que carecía de «atractivo». El atractivo consiste en eso que hace que a unas personas les gusten otras y confíen en ellas inmediatamente, sin importarles lo que la persona «atractiva» tenga dentro del cerebro.

Dwayne Hoover tenía montones de atractivo.

Yo puedo tener montones de atractivo cuando quiero.

Mucha gente tiene montones de atractivo.

El jefe de Trout y sus compañeros no tenían la menor idea de que era escritor. Ningún editor de cierta reputación había oído jamás hablar de él aunque, en la época en que conoció a Dwayne, ya había escrito ciento diecisiete novelas y dos mil relatos breves. Hacía copias con papel carbón de todo lo que escribía. Y mandaba los manuscritos sin adjuntar un sobre con sello y su dirección escrita para que pudieran devolvérselos. Había veces en que ni siquiera ponía remite. Sacaba los nombres y las direcciones de los editores de las revistas que se dedicaban al negocio de la letra impresa y que él leía con avidez en las salas de las bibliotecas públicas. Así fue como se puso en contacto con una sociedad que se llamaba Biblioteca de Clásicos Mundiales, que publicaba pornografía dura en Los Ángeles, California. Utilizaban sus historias, en las que normalmente ni siquiera aparecían mujeres, para rellenar libros y revistas de fotografías obscenas.

Nunca le avisaban dónde o cuándo podía encontrar sus escritos impresos. Y he aquí lo que le pagaban: nada de nada.

Tampoco le enviaban ningún ejemplar de regalo de los libros o las revistas en los que aparecía, así que tenía que buscarlos él mismo por las tiendas de pornografía. Y, con bastante frecuencia, les habían cambiado el título; así por ejemplo, «El jefe de paja pangaláctico» se convirtió en «Boca loca».

Pero lo que más desconcertaba a Trout eran las ilustraciones que seleccionaban los editores, porque no tenían nada que ver con sus historias. Por ejemplo, una vez había escrito una novela sobre un terrícola llamado Delmore Skag, un hombre soltero que vivía en un barrio en el que todo el mundo tenía familia numerosa. Skag era científico y encontraba un método para reproducirse a sí mismo en la sopa de pollo. Se raspaba unas cuantas células de la palma de la mano derecha, las mezclaba con la sopa y luego exponía la mezcla a la acción de los rayos cósmicos. Las células se convertían en bebés exactamente iguales a Delmore Skag.

Pronto conseguía tener varios bebés al día e invitaba a sus vecinos para que compartieran con él su felicidad y orgullo. Celebraba bautismos en masa de cientos de niños a la vez y se hacía famoso como hombre de familia muy numerosa.

Y cosas por el estilo.

Skag tenía la esperanza de lograr que en su país se proclamaran leyes contra las familias numerosas excesivas, pero gobiernos y tribunales se negaban a enfrentarse con el problema y, en vez de eso, aprobaban leyes muy severas contra la posesión de sopa de pollo por parte de personas solteras.

Y cosas por el estilo.

Las ilustraciones de ese libro eran unas fotografías vergonzosas de varias mujeres blancas chupándosela a un hombre negro, que, por alguna extraña razón, llevaba un sombrero mexicano.

En la época en que conoció a Dwayne Hoover, el libro de Trout con más difusión era *Plaga sobre ruedas*. El editor no le había cambiado el título, pero lo había tapado casi por completo, junto con el nombre de Trout, con una banda de papel sensacionalista que prometía:

¡¡CASTORES BIEN ABIERTOS EN EL INTERIOR!!

Un castor bien abierto era una fotografía de una mujer sin bragas y con las piernas muy separadas, de modo que pudiera vérsela la vagina. La expresión la usaron por primera vez los reporteros gráficos que tenían que asistir con frecuencia a accidentes o acontecimientos deportivos en los que tenían que ver mujeres con las faldas levantadas o verlas desde la parte de debajo de las escaleras de incendios o cosas de ese tipo. Necesitaban una palabra en clave para explicarles a gritos a otros reporteros o amiguetes policías o bomberos o a gente de ese tipo qué era lo que podía verse, en caso de que quisieran ir a verlo. Y la palabra elegida fue ésa: «¡Castor!».

En realidad, un castor es un roedor al que le gusta el agua y construir diques. Y tiene este aspecto:



Pero la clase de castores que emocionaba tanto a los reporteros gráficos tiene un aspecto así:



De ahí es de donde salen los niños.

Cuando Dwayne era un niño, y cuando Kilgore Trout era un niño, y cuando yo era un niño, e incluso cuando nos hicimos adultos y mayores, era obligación de la policía y los tribunales impedir que las representaciones de aberturas tan ordinarias fueran examinadas y discutidas por personas que no se dedicaran a la medicina. En cierto modo se había decidido que los castores bien abiertos, algo que es diez mil veces más común que los castores de verdad, fuera el secreto mejor defendido por las leyes.

Así que había una locura por los castores bien abiertos. Y también había una locura por un metal blando, dúctil, un elemento al que por alguna razón se había declarado el más deseable de los elementos y que era el oro.

Y, cuando Dwayne y Trout y yo éramos niños, la locura por los castores bien abiertos se extendía también a las bragas. Las niñas trataban por todos los medios de que no se les vieran las bragas y los niños trataban por todos los medios de vérselas.

Las bragas femeninas tenían este aspecto:



De hecho, una de las primeras cosas que Dwayne aprendió en el colegio, cuando era muy pequeño, era una poesía que se suponía que tenía que recitar a gritos si por casualidad veía las bragas de

alguna niña en el patio del recreo. Se la enseñaron otros niños del colegio y decía así:

Veo Inglaterra
y veo Francia
y de un niña
veo las bragas blancas.

Cuando Kilgore Trout aceptó el Premio Nobel de medicina en 1979, declaró: «Hay gente que dice que no existe nada como el progreso. Yo debo confesar que el hecho de que los seres humanos sean los únicos animales que queden sobre la Tierra me parece un tipo de victoria muy confuso. Aquellos de ustedes que estén familiarizados con la naturaleza de las primeras obras que publiqué comprenderán por qué he llorado especialmente la muerte del último castor.

»Sin embargo, cuando yo era un niño había dos monstruos que compartían este planeta con nosotros y cuya extinción sí celebro. Tenían la determinación de matarnos o, por lo menos, de convertir nuestras vidas en algo sin sentido. Y estuvieron cerca de lograrlo. Eran adversarios crueles, cosa que no eran mis pequeños amigos los castores. ¿Se trataba de los leones? No. ¿Se trataba de los tigres? No. Los leones y los tigres se pasan la mayor parte del tiempo durmiendo la siesta. Los monstruos que nombraré a continuación no dormían la siesta jamás. Habitaban en nuestras cabezas y eran el deseo desenfrenado de oro y, ¡oh, Dios mío!, el de vislumbrar las bragas blancas de una niña.

»Doy gracias de que esos deseos fuesen tan ridículos, pues nos enseñaron que a un ser humano le era posible creer en cualquier cosa y actuar apasionadamente en todo aquello que se relacionase con esa creencia, fuera la que fuese.

»Así que ahora podemos construir una sociedad generosa si dedicamos a la generosidad la pasión que antes poníamos en el oro

y en las bragas».

Hizo una pausa y, después, recitó con tono irónico de duelo el comienzo de una poesía que había aprendido a decir a gritos en las Bermudas, cuando era un niño pequeño. La poesía era absolutamente conmovedora porque hablaba de dos naciones que ya no existían como tales: «Veo Inglaterra», dijo, «y veo Francia...».

La verdad es que, para el momento del histórico encuentro entre Dwayne Hoover y Trout, las bragas femeninas se habían visto drásticamente devaluadas. El precio del oro, sin embargo, seguía en ascenso.

Las fotografías de bragas femeninas no valían ni siquiera el papel en el que estaban impresas, e incluso las películas a todo color y de gran calidad de castores bien abiertos no tenían ninguna demanda en el mercado.

Hubo una época en que un ejemplar del libro más conocido de Trout, *Plaga sobre ruedas*, llegó a costar hasta doce dólares, gracias a las ilustraciones. Ahora se ofrecía a un dólar y la gente que pagaba esa cantidad no lo hacía por las fotos. Pagaban por las palabras.

A propósito, las palabras que contenía el libro hablaban de la vida en un planeta en extinción que se llamaba Lingo-Tres, cuyos habitantes se parecían a los automóviles americanos. Tenían ruedas. Se impulsaban con motores de combustión interna. Se alimentaban de hidrocarburos. Pero no se fabricaban, se reproducían. Ponían huevos que contenían automóviles bebés, que maduraban en unas charcas de aceite que se extraía de los cárteres adultos.

Lingo-Tres recibía la visita de unos viajeros del espacio que se habían enterado de que aquellas criaturas se estaban extinguiendo

por la siguiente razón: habían destruido todos los recursos del planeta, con su atmósfera incluida.

Los viajeros del espacio no podían ofrecerles mucho en lo que a asistencia material se refiere. Las criaturas automóviles esperaban poder conseguir un poco de oxígeno prestado y que los visitantes se llevaran al menos uno de sus huevos a otro planeta en el que pudiera incubarse y en el que poder comenzar de nuevo una civilización automóvil. Pero el huevo más pequeño que tenían pesaba veinticuatro kilos y los viajeros del espacio no medían más de tres centímetros de alto. Y su nave espacial no era ni siquiera del tamaño de una caja de zapatos terrícola. Venían de Zeltoldimar.

Kago, el portavoz de los zeltoldimarianos, les dijo que lo único que podía hacer era contarles a otros seres del universo lo maravillosas que habían sido las criaturas automóviles. He aquí lo que les dijo a todas aquellas basuras oxidadas y faltas de gasolina: «Desapareceréis, pero no seréis olvidados».

Al llegar a este punto de la historia había una fotografía de dos chicas chinas, que parecían gemelas, sentadas en un sofá con las piernas bien separadas.

Así que Kago y su valiente y pequeña tripulación de zeltoldimarianos, que eran todos homosexuales, siguieron vagando por el universo, manteniendo viva la memoria de las criaturas automóviles. Al final llegaron al planeta Tierra. Con toda inocencia, Kago les habló a los terrícolas de los automóviles. Kago no sabía que los seres humanos podían quedar arrasados por una simple idea, igual que por el cólera o por la plaga bubónica. En la Tierra no tenían inmunidad contra las ideas descabelladas.

Y, según Trout, ésa era la razón por la que los seres humanos no podían rechazar las ideas por el simple hecho de que fueran

nocivas: «En la Tierra las ideas eran símbolos de amistad o de enemistad. Su contenido no tenía importancia. Los amigos estaban de acuerdo con los amigos como expresión de amistad. Y los enemigos estaban en desacuerdo con los enemigos como expresión de enemistad.

»Las ideas que tenían los terrícolas no tuvieron ninguna importancia durante cientos de miles de años, ya que, de todos modos, no servían para mucho. Tanto podían ser símbolos como cualquier otra cosa.

»Hasta existía un dicho sobre la futilidad de las ideas, que decía así: “Si los deseos fuesen caballos, los mendigos cabalgarían”.

»Y, entonces, los terrícolas descubrieron las máquinas. De pronto, estar de acuerdo con los amigos podía significar un suicidio o, incluso, algo peor. Sin embargo continuaron estableciendo acuerdos, no por sentido común o por decencia o por autoconservación, sino por amistad.

»Los terrícolas continuaron cultivando la amistad cuando deberían haberse dedicado a pensar. Porque, hasta cuando crearon los ordenadores para que pensaran por ellos, no los diseñaron en función del conocimiento sino en función de la amistad. Y así se condenaron. Los mendigos homicidas cabalgaron».

3

Según la novela de Trout, un siglo después de la llegada de Kago a la Tierra, cualquier forma de vida en aquel globo que había sido de un sustancioso azul verdoso, pacífico y húmedo, estaba muerta o a punto de morir. Por todas partes se encontraban los caparazones de los grandes escarabajos que los hombres habían construido y adorado. Eran automóviles. Lo habían matado todo.

El propio Kago había muerto mucho antes que el planeta. Estaba tratando de dar una charla en un bar de Detroit acerca de lo nocivos que eran los automóviles. Pero, como era tan diminuto, nadie le prestaba la menor atención. Se tumbó a descansar un momento y un obrero-automóvil borracho creyó que era un fósforo y lo mató al frotarlo varias veces contra la parte de debajo de la barra, intentando encenderlo.

Hasta 1972 Trout no recibió más que una sola carta de un admirador. Era de un millonario excéntrico que había contratado a un detective privado para descubrir quién era y dónde estaba. Trout vivía en tal anonimato que la búsqueda le había costado dieciocho mil dólares.

La carta del admirador llegó a su semisótano de Cohoes. Estaba escrita a mano y Trout llegó a la conclusión de que el autor debía de tener alrededor de catorce años. La carta decía que *Plaga sobre ruedas* era la mejor novela escrita en lengua inglesa y que Trout debería ser presidente de los Estados Unidos.

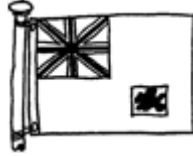
Trout le leyó la carta en voz alta a su periquito. «Las cosas van mejorando, Bill», le dijo. «Siempre he sabido que iban a mejorar. Recibo muchas como ésta». Y volvió a leer la carta. No había en ella ningún indicio de que el autor, cuyo nombre era Eliot Rosewater, fuese un hombre adulto y fabulosamente rico.

Por cierto, Kilgore Trout no podría haber llegado a ser presidente de los Estados Unidos jamás, a menos que se introdujera una enmienda en la Constitución. No había nacido dentro del territorio nacional. Nació en las Bermudas. Aunque su padre, Leo Trout, conservó siempre la ciudadanía norteamericana, había trabajado allí durante muchos años para la Real Sociedad Ornitológica, protegiendo el único lugar del mundo donde anidaban las águilas de las Bermudas. Esas grandes águilas marinas de color verde se fueron extinguiendo a pesar de todo cuanto se hizo por conservarlas.

Siendo niño, Trout había visto morir a aquellas águilas, una tras otra. Su padre le había asignado la triste tarea de medir la envergadura de las alas de las águilas muertas. Eran las criaturas voladoras más grandes que habían surcado los cielos. La última en morir fue la que tenía la mayor envergadura de todas: cinco metros, ochenta centímetros y dos milímetros.

Cuando ya todas las águilas de las Bermudas habían muerto, se descubrió qué era lo que las había matado. Era un hongo que les atacaba los ojos y el cerebro. Inocentemente, los hombres habían introducido aquel hongo, bajo la forma de pie de atleta, en la colonia de las águilas.

He aquí el aspecto que tenía la bandera de la isla en la que Trout había nacido:



O sea que Kilgore Trout tuvo una infancia deprimente, a pesar de tanto sol y tanto aire fresco. Es muy probable que el pesimismo que le embargó en su vida posterior, que destruyó sus tres matrimonios y que hizo que su único hijo, Leo, se fuera de casa a la edad de catorce años, tuviera su origen en el agri dulce mantillo de la putrefacción de las águilas.

La carta del admirador llegó demasiado tarde. No fueron buenas noticias. A Kilgore Trout le pareció que era una invasión de su intimidad. En la carta Rosewater le prometía que le haría famoso. He aquí lo que Trout tenía que decir al respecto, con sólo su periquito como oyente: «¡Ni se te ocurra acercarte a la funda de mi cadáver, joder!».

Una funda de cadáver era una especie de sobre grande de plástico en el que se metía a los soldados estadounidenses recién muertos. Era un invento nuevo.

No sé quién inventó las fundas de cadáveres. Sí sé quién inventó a Kilgore Trout. Fui yo.

Yo hice que le faltasen dientes. Yo le di pelo, pero hice que se le pusiese blanco. No le dejé peinárselo ni ir al peluquero. Hice que lo llevase largo y enmarañado.

Le di las mismas piernas que el Creador del Universo le dio a mi padre cuando ya era un viejo digno de compasión. Eran unos palos de escoba blancos, pálidos, sin pelos y surcados de gruesas varices.

Y, dos meses después de que Trout recibiera la primera carta de su admirador, hice que encontrara en el buzón una invitación para dar una conferencia en un festival de arte en Medio Oeste americano.

La carta la firmaba el director del festival, Fred T. Barry. Era muy respetuosa, casi reverente. Le suplicaba que fuera uno de los distinguidos forasteros participantes en el festival, que duraría cinco días, para celebrar la inauguración de un centro para las artes, el Mildred Barry, en Midland City.

La carta no lo decía, pero Mildred Barry había sido la madre del director, que era el hombre más rico de Midland City. Fred T. Barry había proporcionado los fondos para el nuevo centro para las artes, que consistía en una esfera translúcida sobre unos pilares. No tenía ventanas y, cuando iluminaban su interior por la noche, parecía la salida de la luna llena en otoño.

Por cierto, Fred T. Barry, tenía exactamente la misma edad que Trout. Cumplían años el mismo día. Pero no se parecían en absoluto. Fred T. Barry ya ni siquiera parecía un hombre blanco, aunque era inglés de pura cepa. Al irse haciendo viejo, cada vez más viejo, y feliz, cada vez más feliz, se le cayó el pelo de todas partes y empezó a tener el aire estático de un chino viejo.

Se parecía tanto a un chino que le dio por vestirse como si fuera chino. Con mucha frecuencia los chinos de verdad le tomaban por chino.

Fred T. Barry confesaba en su carta que no había leído las obras de Kilgore Trout, pero que lo iba a hacer con todo entusiasmo antes de que empezase el festival. «Viene usted muy recomendado por Eliot Rosewater», decía, «quien asegura que posiblemente sea

usted el mejor escritor entre los novelistas vivos de América. No existe expresión de alabanza mayor».

Cogido con un clip a la carta había un cheque de mil dólares. Fred T. Barry le explicaba que era para pagarle los honorarios y los gastos de viaje.

Era un montón de dinero. De pronto Trout era fabulosamente rico.

He aquí por qué Trout recibió esta invitación: Fred T. Barry quería tener algún cuadro al óleo de valor fabuloso como foco de atracción del Festival de las Artes de Midland City. Pero, a pesar de todo lo rico que era, no podía permitirse comprar una obra de esas características, así que estuvo haciendo indagaciones para conseguir que se la prestasen.

La primera persona a la que fue a visitar fue a Eliot Rosewater, que poseía un Greco valorado en tres millones de dólares o más. Rosewater le dijo que le prestaría la pintura para el festival con una condición, que invitara a dar una conferencia al mejor escritor vivo en lengua inglesa, que era Kilgore Trout.

Trout se rio al ver aquella invitación tan aduladora pero, después, sintió miedo. De nuevo alguien extraño estaba intentando forzar la privacidad de su funda de cadáver. Lívido, le hizo esta pregunta a su periquito, poniendo los ojos en blanco:

—¿Por qué este súbito interés en Kilgore Trout?

Volvió a leer la carta.

—No sólo quieren que vaya Kilgore Trout —dijo—, quieren que vaya con *esmoquin*, Bill. Aquí hay un error.

Se encogió de hombros.

—A lo mejor me han invitado porque saben que tengo un esmoquin —dijo.

Y era verdad que tenía un esmoquin. Lo tenía en un baúl que había ido transportando de un sitio a otro durante más de cuarenta

años. Contenía juguetes de la infancia, los huesos de un águila de las Bermudas y muchas otras curiosidades, entre ellas el esmoquin que se había puesto en el baile de fin de curso, justo antes de la graduación en el Instituto Thomas Jefferson de Dayton, Ohio, en 1924. Trout había nacido en las Bermudas y había cursado allí la enseñanza primaria. Pero luego sus padres se trasladaron a Dayton.

Su instituto se llamaba así en honor de un propietario de esclavos que también había sido uno de los teóricos más importantes del mundo en lo que se refiere a las libertades humanas.

Trout sacó el esmoquin del baúl y se lo probó. Era muy parecido a un esmoquin que yo vi ponerse a mi padre cuando ya era un hombre muy viejo. Tenía una pátina verdosa de moho. Y los arreglos que le habían hecho parecían parches de piel de conejo muy finita.

—Quedará muy bien para las noches —dijo Trout—. Pero, dime una cosa, Bill, ¿qué ropa se llevará en Midland City durante el día en el mes de octubre? —Se subió los pantalones de tal manera que sus grotescas pantorrillas quedaron al descubierto—. Bermudas y calcetines cortos, ¿eh, Bill? Después de todo, soy de las Bermudas.

Sacudió el esmoquin con un trapo húmedo y los hongos se desprendieron con suma facilidad.

—Me horroriza hacer esto, Bill —dijo refiriéndose a los hongos que estaba asesinando—. Los hongos tienen tanto derecho a vivir como yo. Saben lo que quieren, Bill. Yo no sé más que ellos, ¡qué diablos!

Y entonces se preguntó qué sería lo que Bill querría. Era fácil de adivinar.

—Bill —le dijo—, te quiero tanto y soy un tipo tan cojonudo que voy a hacer realidad tus tres mayores deseos. —Abrió la puerta de la jaula, cosa que Bill no habría podido hacer por sí mismo ni en mil años.

Bill voló hasta el alféizar de la ventana. Recostó su cuerpecito contra el cristal. Sólo una lámina de cristal separaba a Bill del inmenso mundo exterior. Y, aunque Trout trabajaba en el negocio de las contraventanas, en su casa no tenía contraventanas.

—Tu segundo deseo está a punto de hacerse realidad —dijo Trout y, a continuación, hizo otra cosa que Bill jamás podría haber hecho. Abrió la ventana. Pero la apertura de la ventana fue un asunto que alarmó tanto al periquito que regresó volando a su jaula y se puso a dar saltitos allí dentro.

Trout cerró la puerta de la jaula y pasó el seguro.

—Es la forma más inteligente que he visto en mi vida de aprovechar tres deseos —le dijo al pájaro—. Piensa bien si aún te queda un deseo por el que valga la pena salir de la jaula.

Trout comprendió que había una conexión entre la única carta que había recibido en su vida de un admirador y la invitación que llegó después, pero no podía creer que Eliot Rosewater fuese un adulto. La letra de Rosewater tenía el siguiente aspecto:

*¡Usted debería ser
presidente de los
Estados Unidos!*

—Bill —dijo Trout dubitativo—, un adolescente llamado Rosewater me ha conseguido este trabajo. Sus padres deben de ser amigos del director del Festival de las Artes y no deben de saber mucho sobre libros porque les ha dicho que yo era muy bueno y le han creído.

Trout sacudió la cabeza.

—No voy a ir, Bill. No quiero salir de mi jaula. Soy demasiado listo para hacerlo. Y aunque quisiera salir, no iría a Midland City para que mi único admirador y yo nos convirtamos en el hazmerreír de todos.

Dejó que las cosas siguieran como estaban pero, de vez en cuando, volvía a leer la invitación y hasta llegó a aprendérsela de memoria. Y, en un momento dado, uno de los sutiles mensajes que contenía aquel papel le tocó alguna fibra. En la parte superior de la carta se veían dos máscaras que pretendían representar a la comedia y a la tragedia.

Una máscara tenía este aspecto:



Y la otra tenía éste:



—Allí no quieren más que gente sonriente —le dijo Trout a su periquito—. Los pobres fracasados no necesitan inscribirse. —Pero su mente no se detuvo en este punto. Tuvo una idea que consideró muy aguda—. Aunque, tal vez, lo que *necesitan* ver es precisamente a un pobre fracasado.

Después de eso se sintió rebotante de energía.

—Bill, escucha, Bill —le dijo—, voy a salir de la jaula, pero volveré. Voy a salir para enseñarles algo que nadie ha visto hasta ahora en un festival de arte: a un representante de los miles de

artistas que han dedicado toda su vida a la búsqueda de la verdad y de la belleza y que no han encontrado ¡nada de nada!

Así que, después de todo, Trout aceptó la invitación. Dos días antes de que comenzara el festival llevó a Bill al apartamento de la casera, que vivía arriba, para que se lo cuidara, y se fue haciendo autoestop a Nueva York con quinientos dólares sujetos con un imperdible a la parte interior de los calzoncillos. El resto del dinero lo depositó en un banco.

Fue primero a Nueva York porque pensaba que allí, en las tiendas de pornografía, encontraría alguno de sus libros. No guardaba ningún ejemplar en casa. Los despreciaba, pero en aquel momento quería leer en voz alta algún fragmento en Midland City, como ejemplo de una tragedia que también tenía algo cómico.

Tenía pensado decir a la gente que fuera a escucharle lo que esperaba que pusiese su lápida.

Era esto:

